



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias 60.—Ap. 547—Teléfono 1843.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS DE OSSA

El jorobado.

JOAQUIN DICENTA

Las paredes oyen.

FERNANDO AMADO

El naufragio de mi paisano.

EELIX RECIO

Los giros.

TOVAR, CYRANO

Y DEMETRIO

Varios dibujos y retratos de

La Rima y Domingúin.



5 cénts.

LA RIMA

¡Qué ojos! Su elogio que lo haga el lector.

Biblioteca Regional de Madrid

SECCION VERMOUTH

Las cosas de la vida! Después del holgorio, el recogimiento, siempre ocurre lo mismo: detrás de un acto de agitación viene el natural enervamiento.

Todo ha entrado en quietud y reposo. Hasta Zancadita, que andaba estos días que se podía ahogar con un hilo, se ha tranquilizado ya de la plancha que por su culpa y la del precoz Gay se ha tirado Ramonones; y el travieso conde no debe estar ya para tirarse nada.

Alguna zancada había de dar mal el hombre, que á fuerza de ellas ha logrado llegar hasta donde él ha llegado. Y ésta es «de alivio», porque además de la presidencia del Ateneo le cuesta diez mil pesetas, que en un momento de locura, producida por la rabieta de la derrota, ha ofrecido á la docta casa, donde lució sus escuálidas desnudeces la Tórtola Valencia, esa danzarina que bulle más que Pepito Sabater y Pepito La Morena; los dos Pepitos que se despepitan por estar en todas partes. Sí, al dcseñado loco del Carnaval ha sucedido, por imperiosa determinación del almanaque, la recogida cuaresma; hemos pasado del confetti al incienso; del lomo adobado con gasas y cintas atrayentes, al bacalao sencillo sin adobo de ninguna clase.

¡La almeja es la que ahora manda; y ante el precepto que así lo ordena, grandes y chicos doblan humildemente la cerviz y se entregan, ora al modesto abadejo ó ya al aristocrático marisco.

Y gracias á que desde que tenemos la libre introducción, el pescado anda mucho más barato, todo lo contrario que lo que

pasa con el salchichón, que cada vez está más alto.

En esta temporadita de reflexión hay que dedicarse á pensar en las liviandades de la



—¿Te vienes, pollo?
—¿Y á usted qué la importa?

carne, darnos exacta cuenta de que somos polvo y en polvo nos convertiremos, y que las pompas y vanidades humanas son vil materia.

Cuanta más pompa, más cantidad de polvo. Eso es axiomático.

¡Nada de ir á Romea, ni al Madrileño; huyamos del Salón Madrid y del Trianon.

ENTRE COCOTAS



—Oye, enséñame el mordisco que te dió el bruto de Luis.

—Está en un sitio que no se puede enseñar hasta que el lector vuelva la hoja.

Al ayuno y nada más que al ayuno, y si acaso un poquito de bacalao, pero cuanto menos mejor.

Nuestro puesto hasta que suene el repique de gloria está en las conferencias y en las misiones, y si esas conferencias y esas misiones son como otros años, unas para hombres solos y otras para mujeres solas, será mucho más provechoso. No es conveniente en estos días juntar los sexos. Cuando venga el repique de que antes hablamos será otra cosa.

Purguémonos de nuestra concupiscencia, ¡purguémonos!, y no volvamos á caer en la tentación.

Como ustedes ven, el sermoncito me ha salido mucho más redondo que un discurso de López Muñoz; pero yo soy sincero y

declaro ingenuamente que no estoy dispuesto á hacer nada de lo que predico líneas arriba.

Bueno es que la mujer se recoja todo lo que buenamente pueda recojerse; que por mí no ha de haber inconveniente ninguno, y además es una cosa agradabilísima; pero de eso á que sea de rigor, porque así lo disponga el calendario, que en estos días nos privemos del rico bisteck obligándonos á un régimen de alimentación á base de almeja, abadejo y legumbres, eso no lo admito yo, que proclamo la autonomía individual en todos los actos de la vida pública y privada.

No es que odie el pescado, pero soy un



—Y diga usted: ¿cómo se las arregla para estirar y encojer tanto el cuerpo cuando danza?

—¡Ay amiguito miol todo es cuestión de práctica.

carnívoro convencido y entusiasta, aunque muy modesto en mis aspiraciones. Si no puede ser de solomillo, con tal de que sea carne que me la den de falda. Ya me arreglaré yo para que luego venga la de cadera.

Un pequeño reporter.

FELICIDAD CON TODO

ALFONSO de Juan tenía un amigo, verdadero amigo, llamado Demetrio, á quien quería entrañablemente no obstante ser el perfecto reverso de sus cualidades morales y físicas. Alfonso es pequeñín, regordetillo, los ojos azules, el cutis sonrosado, la barba rubia y punti-

EN LA FRUTERIA



—¿Cuántos plátanos quieres?

—Uno nada más; pero que sea muy suave. Es para probar...

aguda, como las imágenes de San Roque; el carácter plácido, confiado, uniforme. Demetrio, por el contrario, tiene dos dedos sobre la línea general de los hombres más altos; el pelo negro el color bronceo, la voluntad dura, agresiva, punzante, como un florete.

Demetrio vive desde hace años en una pequeña capital provinciana donde casó con Angeles, hija de un modesto empleado

del Ayuntamiento. El matrimonio envejece tranquilamente gracias á la paciencia inagotable y á la virtud sin tacha de la esposa, que no al genio avinagrado y hurañote de Demetrio, quien en todo sospechaba trampas y peligros para su honor. Angeles era copia perfecta ó remedo fidelísimo de su hermana Felisa, alta, esbelta como ella, con las caderas y el seno muy respingueños, los ojos grandes, los carnosos labios rojos y muy dulces. Alfonso de Juan, que retirado ya de los negocios fué á pasar una temporadita cerca de su único amigo, prendóse de Felisa y casó con ella.

La juventud de Alfonso había sido apacible, como la expresión de sus redondos ojillos azules: aborrecía las tormentosas bacanales de los hombres solos, las fuertes emociones del amor prohibido, las riñas, los encuentros clandestinos, todo aquello, en suma, que implicase algún peligro ó esfuerzo. Por el contrario, la existencia recogida y señera del hogar le cautivaba, y no bien pudo disfrutarla entregóse á ella en alma y cuerpo. No visitaba jamás los círculos ni cafés de la población: las tardes del invierno las pasaba delante del fuego, la cabeza reclinada sobre el pechazo aromoso de Felisa, los pies colocados en los morrillos de la chimenea, adormeciendo su espíritu con la canción de la lluvia que azotaba los cristales. Si Felisa salía á la calle sola (y esto ocurría cuando menos dos veces por semana), el feliz comerciante encogíase de hombros.

—¡Que vaya dondequiera— decía; —yo estoy bien aquí!

Frecuentemente Alfonso y Demetrio discutieron el tema inacabable de la virtud femenina. Demetrio, que sentía celos horribles de su mujer, espíaba todos sus pasos: oyéndole Alfonso, reía á carcajadas, con aquella risa serena de hombre franco en la que la vocal A predominaba: él prefería ser engañado á tener conciencia de su honor, porque ello destruiría su felicidad presente.

—¿Y si á estas horas Felisa estuviera burlándote?—preguntaba Demetrio en un rugido.

Alfonso de Juan se encogía de hombros.

—¿Qué me importa—respondía;—cuando yo nada sé?...

Una tarde Demetrio, atormentado por la pesadilla inductable de sus celos, recorría las calles de un barrio extraviado.

De pronto, á larga distancia, vió una mujer alta, elegante, vestida de negro...



La mayor.—Si consigues reunir los cupones de un mes, puede tocarte en el sorteo una muñeca preciosa.

La pequeña.—¡Ayl qué ganas tengo de tener el mes completo.

¡Angeles, sin duda!, que desapareció en cierta casa de sospechosa vecindad.

Demetrio llevóse las manos á la frente y estuvo á punto de caer al suelo vencido por la tempestad que acababa de estallar en sus entrañas.

Según los minutos transcurrían, iba adquiriendo la convicción de que aquella mujer, apenas entrevista, era Angeles. ¿Qué hacer?

Finalmente decidióse á invocar el auxilio de dos agentes de orden público, los cuales, acompañados de un delegado, siguieron á Demetrio, declinando sobre éste la responsabilidad de cuanto malo ó torcido pudiera ocurrir.

Los cuatro hombres llegaron aparatosamente á la puerta del cuarto donde sospechaban habían de hallarse los dos tórtolos; allí estaban, en efecto, y la extremada ligereza de sus trajes vedóles toda justificación. *El* era un teniente de caballería, mozo muy conocido en la localidad y sobrino,

por más señas, del gobernador. *Ella* no era Angeles; era ¡Felisa!

La joven se arrojó entre los brazos de su cuñado sollozando:

—¡Hermano, hermano mío, por Dios! ¡Que no lo sepa Alfonso!

Prometiéndole así Demetrio y prometiéndole de corazón, pero sus buenas gestiones fueron estériles: la noticia de tal escándalo llenó la calle y no tardó en correr de boca en boca por la ciudad.

Alfonso de Juan y Felisa, puestos en ridículo á los ojos de todo el mundo, han tenido que separarse. Alfonso y Demetrio no se saludan; aquella amistad que prometía ser eterna, quedó rota.

—Ese hombre—suele decir Alfonso—es un imbecil; él, sólo él, ha destruido mi felicidad. ¡Me engañaba mi mujer! ¿Y qué? ¡Era yo tan feliz así!



—Vamos á cuentas ¿tú no estabas con el general?

—Naturalmente; ese es el que me viste.

—¿Y entonces Enrique...?

—Ese es el que me desnuda.

EL JOROBADO

AREDEDOR de una mesa de juego se agrupan unos cuantos ansiosos de fortuna.

A un lado juegan un jorobado, y junto á él una señora gruesa, muy gruesa y fea, muy fea.

—Hagan juego, señores—dice el *croupier*.

La señora gruesa y el jorobado apuntan.

—El diecinueve rojo, impares.

La señora gruesa:

—¡He perdidol

El jorobado, con gran tranquilidad:

—Yo he ganado.

La señora gruesa, mirando con envidia á su vecino:

—¡El pleno y los transversales!

El jorobado:

—No me puedo quejar de mi suerte.

El *croupier*, con su sonsonete invariable:

—Hagan juego, señores.

La dama duda un momento; después se



—¿Me permite usted que la desice una galantería al oído?

—Hijo mío ¡qué alta la desliza usted!



Ella.—Estoy convencida de que á esta pobre jamaona no la ama nadie.

El.—¡Vamos no diga usted que no hay quien la ama

echa hacia atrás disimuladamente y con gran cuidado, para evitar que lo note el jorobado, le pasa la mano por la giba. El pobre contrahecho se da perfecta cuenta de la maniobra de la vieja, pero calla.

Cada uno apunta al número que le place.

El *croupier*:

—Treinta y seis, rojo, pares.

La señora gruesa, sin poder contener su alegría:

—¡¡He ganadol!

El jorobado, imperturbable:

—Pues yo he perdido.

Vuelve el *croupier* á invitar á los señores á que hagan juego y la gorda vuelve á pasar su mano por la joroba de su vecino.

Entonces éste con gran tranquilidad esconde su mano entre los pliegues de la falda de la jugadora, tocándole cuidadosamente su parte más carnosa y más ostensible.

—¡Caballero! Esto es intolerable.

—Señora: lo único que lamento es que usted no tenga sus prominencias como yo, en el piso principal, y me obligue á bajar hasta el entresuelo.

Luis de Ossa

Montecarlo, 2 de Febrero.

Biblioteca Regional de Madrid

EL NAUFRAGIO DE MI PAISANO

LAS PAREDES OYEN

PRECISAMENTE las paredes, no; pero sí los que están detrás de las paredes.

Y sobre todo los que están detrás de las puertas.

Y á veces se llevan unos sustos morrocotudos por oír lo que no les importa.

Mi amigo Pérez y su esposa, continuan-

—¡Pérez! ¡Perecito! ¡Rico mio!... ¡Qué miedo!

—¿Qué te pasa?

—En el cuarto de al lado... ¡¡están violando á una mujer!!

—¿Qué dices?

—Ven y escucha.

El matrimonio se acerca á la puerta y convulso, cadavérico, trémulo, sigue escuchando.

Y dentro dicen:

—Estamos en nuestro derecho violándola. Debemos violarla. ¿Qué nos importa la sangre derramada? ¡No sé que nos ataja! Tú serás el primero, después yo, los otros diez luego.

Pérez y su mujer no quieren oír más. Se retiran aterrORIZADOS, y, sin poder dormir, pasa la noche hasta que amanece.

En seguida Pérez sale á buscar al dueño del hotel. Al poco rato vuelve y dice gravemente á su esposa:

—Es preciso que nos vayamos de aquí lo antes posible. No quiero esas vecindades. No la han violado, pero quieren...

—¿Qué quieren violar?

—La Constitución republicana de Portugal, haciendo la contrarevolución monárquica.

Joaquín Dicenta.



El.—¡Adiós! ¡Adiós! (de pronto y como recordando) Dime: ¿dónde nos veremos mañana?

Ella.—Por aquí, ¡Adiós!

do su viaje de novios, se hospedan en un hotel de París.

Su esposa, como es natural, es mujer, y, como es natural también, es curiosa. Por eso, al notar que hablan en la habitación inmediata, se pone á escuchar y á los pocos momentos, vuelve horrorizada hacia donde está su esposo.



—Señor Regúlez ¿cómo está usted?

—Perfectamente; á su disposición.

—¿Y la señora?

También á su disposición.

EL NAUFRAGIO DE MI PAISANO

Si mi veterano amigo D. Tomás Luceño hubiese de firmar este artículo, lo titularía de seguro:

«Efectos del Carnaval ó tres viajes á la Corte ó me alegro de verte bueno.»

Porque en realidad esto ha sido lo que le ha pasado á Agapito Rodríguez, un mu-

en Madrid, se metió en el baile del Gran Teatro fresco como una lechuga y salió... hecho un pellejo de vino y llevando de cada brazo una mascarita de esas que parten los corazones á un tanto alzado. Agapito no se dió cuenta de lo que aquella noche pasó... ¡Cómo estaría! Cuando llegó á su pueblo ya se le había pasado *aquello* y al abrazar á su pobre mujer la conciencia le dió un grito.

—¿Le habré sido infiel á esta santa?

Y comenzó á preocuparse y á abstraerse de tal manera que su mujer misma llegó á notarlo, hasta el punto de que sospechó inocentemente que aquello pudiera ser el comienzo de una enfermedad.

—¿Por qué no ves á los médicos? Tal vez lo que te ocurra sea el principio de una afección del hígado.

Agapito tuvo una idea:

—Puede que estés en lo cierto; voy á consultar á una eminencia.

Y al mismo tiempo pensaba: A lo que voy es á ver si puedo enterarme de lo que yo hice aquella noche.

Y tomó el tren con el firme propósito de averiguarlo para, de este modo, tranquilizar su conciencia. Lo primero que hizo fué venir á mi casa y contármelo todo suplicándome que le pusiese en camino de poder dar con aquellas dos prójimas, las cuales le habian trastornado en el baile del Gran Teatro hasta el extremo de no saber el desenlace que tuvo la aventura.

Conociendo el personal de los bailes, conoce uno también los sitios que ellas frecuentan; se los indiqué á Agapito y le marqué las cuatro ó cinco pistas que debía seguir. A los tres días volvió á verme.

—¿Qué hay? ¿Diste con ellas?

—Sí. Me he enterado de todo. Efectivamente, aquella noche del Gran Teatro yo estaba tan trastornado que no pude enterarme de nada. Ellas me dejaron en la fonda y así me lo han contado.

—Entonces tendrás tranquila la conciencia.

—Te diré...

Por lo que pude deducir, Agapito, además de llevar á cabo la información que se proponía, había vuelto á *alegrarse*, pero *más prudencial*.



Ella.—El feminismo se impone. Ahí tiene usted á la chica de Gutiérrez que ha hecho su carrera de medicina brillantemente.

El.—Sí; yo la conocí cuando estaba haciendo la carrera.

chacho honestito, tóbernero de mi pueblo, de mi Val de Santo Domingo, donde, dicho sea de paso, también nació Félix Reicio, y van á colocarle una estatua en la plaza pública por «hombre ilustre», ni más ni menos que el Sr. Rodríguez San Pedro.

Pero, como iba diciendo, Agapito vino á Madrid en los últimos carnavales. Estuvo cinco ó seis días y ¡la corrió de firme! Tanto, que una noche, la última de su estancia

—Las encontré en la última del Trianón, hablando con el Sr. Moriones, el empresario. Me conocieron en seguida, y como se trataba de una cosa tan delicada no me pa-



—A mí me tiene sin cuidado que se suba ó no la ternera, pero ¡qué indecencia si ahora se subiese alda!

reció prudente abordar de lleno la cuestión y se me ocurrió convidarlas á cenar. Una de ellas aceptó; la otra se excusó diciéndome que la esperaba un primo suyo. No quise insistir y entré con la primera en Fornos en un gabinete reservado.

—Pero ¿te enteraste de lo que querías?

—Naturalmente; y ahora es cuando la conciencia me empieza á remorder de verdad...

Agapito ha vuelto al pueblo.

—¿Qué te ha dicho el médico?—le pregunta su mujer.

—Pues... ¡nada! Que la cosa no es grave; pero que vaya á verle... ¡cada quince días!

Fernando Amado.

PARA ESA EMBAJADA...

SE han fijado ustedes cómo están nuestros escritores ilustres, de algún tiempo á esta parte?

Gómez Carrillo, no lleva en Madrid quince días y ya le ha hecho un bombó á la Tórtola, otro á la Chelito, otro á la Preciosilla... ¡Chapaprieta con D. Enrique, y que fuertecito ha llegado de París.

Y claro, como nuestro queridísimo é ilustre amigo es un maravilloso cincelador del idioma, está volviendo locas á nuestras cupleteras y bailarinas, las cuales se lo disputan como pan bendito. Ya le ha salido un competidor terrible al gran Saint-Aubin que tenía el monopolio de los estrenos de artistas de variedades, con la gran ventaja, entre otros, de la impetuosidad de la edad más temprana, sin que esto quiera decir que el exquisito y multiforme crítico del *Heraldo*, haya entrado en la madurez.

Lo malo es que el contagio se va exten-



El dependiente.—La señora marquesa preferirá para el forro de las mangas la sarga al satén, aunque éste entra más fácilmente.

Ella.—Le diré á usted: prefiero el satén, si entra bien, que no sarga.



—¡Qué lástima me dan estos infelices que no se pueden agarrar á ninguna partel

diendo, y ya, hasta *La Epoca*, dedica su primera plana á los profanos dioses del género infimo.

Entre un artículo encomiástico para Maura y un alfilerazo para Romanones, coloca de vez en cuando un elogio á una *chanteusse* ó un ditirambo un tanto pagano para una *danseusse*. Una especie de bocadillos de lengua á la escarlata. ¡Y eso que estamos ya en cuaresma!

El otro dia nos servía uno de media columna de floreos á una linda danzarina, á la que le echaba los siguientes chicoleos:

«Fulanita (aquí el nombre) es una bailarina admirable. Sus bailes andaluces son todo donaire y gracia, son la perfección, sin menoscabo del recato.

Estas danzas puede verlas todo el mundo, sin el menor recelo».

Lo que, traducido al lenguaje corriente, es decirles á los lectores del ultra-recatado colega:

Aquí no hay «¡venga molinillo!» ni «¡toma cadera!» ni «¡mueva usted esa región abdominal!» Pueden ustedes ir, con la misma confianza que á una conferencia de don Escartín.

Pero, en seguida, el inquieto cronista de Salones, que bajo la inicial M. oculta á un senador vitalicio, desliza cándidamente el siguiente parrafito, el cual ya no nos atrevemos en asegurar que sea lo mismo que oír al moralizador sociólogo de las postales en *deshabillé*.

—«Y le han ofrecido (se refiere á los Quinteros) escribir una obra, para que en ella pueda lucir sus habilidades la admirable danzarina, que tiene el mismo tiempo una figura muy bella, un rostro gracioso y unos parlanchines ojos muy negros».

Esto de los «parlanchines ojos negros», es lo que más hondamente nos ha impresionado. Es un fracesita *hoja-parresca* para introducirla en una declaración de amor un tanto libidinosa.

Y todo eso también á manera de *sandwichs*, entre una excursión alpinista de aristocráticos *spormen* y la política de que se van á reanudar las reuniones aristocráticas de cierta embajada. ¡Qué caminos más tortuosos para ese final.¡ ¡Para acabar con la embajada!



Ella.—Te advierto que yo no vengo por el vaquero, es que aquí, en *La amistad*, dan muy buena leche.

El.—¡Pues me estás haciendo sufrir con la leche de *La amistad*!

Biblioteca Regional de Madrid

LOS GIROS

No sé si sabrán ustedes que yo soy hombre que tiene muchísimas amigas.

Pero lo que se llama verdaderas amigas; no sean ustedes maliciosos.

Me ha gustado siempre cultivar el trato *desinteresado* de mujeres con las cuales no me ligaba otro lazo que el de una buena amistad.

De este modo he procurado *documentarme* para otras empresas amorosas estando al corriente de detalles muy íntimos y muy preciosos de la vida femenina, que me han servido para caminar siempre seguro conociendo al dedillo todos los recodos del corazón de la mujer.

Entre mis amigas, las hay de todas clases: ricas, pobres, guapas, feas, solteras, casadas...

Estas últimas, sobre todo, son las que me ha revelado los detalles más curiosísimos.

¡Si yo pudiese contar las cosas que sé!..

Tengo yo una amiga cuyo marido lo conocen ustedes muchísimo.

Se trata de un comerciante muy rico, establecido en lo más céntrico de la capital y á cuya tienda habrán ido todos ustedes á comprar infinidad de veces.

No quiero dar más detalles, porque acabaría por ocurrirme lo que á aquel, que queriendo ocultar lo que llevaba, le decía al amigo mostrándole una cesta tapada:

—Si me aciertas lo que llevo, te doy un racimo.

El milagro, pues, lo referiré, sin necesidad de mentar al santo para nada.

Mi amiga me decía ayer:

—Créame usted que la vida de casada es un martirio horrible.

—¿De veras? Pues usted es de las que menos derecho tiene á quejarse.

—¿Lo cree usted así?

—¡Naturalmente! Su marido es hombre formal, serio, incapaz de una infidelidad...

—¿Y tanto!

—No se le conoce ningún trapicheo; apenas sale de casa...

—Es verdad.

—Además, su capital, que cada día aumenta de una manera prodigiosa, le permite satisfacer todos los caprichos que usted tenga.

—También es verdad.

—No tiene más preocupaciones que los negocios...

—¡No me hable usted de ellos! ¡Los negocios son los que tienen la culpa de mi desgracia!

—¡Por Dios, no diga usted eso! Ellos son precisamente los que le proporcionan ese



E'la.—¡No, ahora no, que es á el guarda!

bienestar de que usted disfruta, ese lujo de que muy justamente alardea...

—Sí, todo es verdad; pero...

—Pero ¿qué?

—No me proporciona nada más que eso. ¿Querrá usted creer que cuando la tienda era pequeña y apenas se vendía lo suficiente para vivir, mi marido estaba más enamorado de mí que ahora?

—Eso será ilusión de usted.

—No, señor, no; entonces todo se reducía á contar el dinero del cajón, apartar para los gastos y disponer de lo que sobraba, tanto si era mucho como poco.

—Pues ahora que todo es *mucho*, con doble motivo serán ustedes más felices.



El.—(Aparte). ¡Si me haces ese guiño á primeros de mes, te has caído!

—No lo crea usted.

Y mi amiga, con un gesto de tristeza y de resignación, se aferraba en su negativa.

Como la confianza que en re nosotros existía era absoluta, yo me permití insistir aún:

—Sea usted franca conmigo; ya sabe que puede confiarse á mí, y que á veces un consejo de quien ve serenamente las cosas «por la parte de fuera» puede ser la clave de un enigma y la solución de un problema complicado á primera vista.

Mi amiga titubeaba.

Por lo visto, la confianza que quería hacerme era de una índole demasiado íntima y aunque pugnaba por exteriorizar su queja, tal vez un rubor explicable la hacía contenerse en una relativa prudencia.

Yo, sin embargo, seguía atacando con golpes rudos aquella resistencia, hasta ver el modo de decidir á á franquearse.

—Abrame usted su pecho.

—¿Me promete usted oírme sin pizca de malicia?

—Se lo prometo

—Pues bien: el amor es incompatible con el comercio. Sí, señor. Entre *libros, cuentas corrientes, balances, liquidaciones, cheques, acciones, letras, etc.*, no les queda tiempo absolutamente para nada. Mi marido apenas si dispone de cinco minutos para comer. Excuso decirle á usted que si para comer le falta...

—Comprendido.

—Y ya en el límite de las confidencias, le revelaré á usted que desde hace mucho tiempo, cada vez que quiero ser *amable* con mi marido, me sucede igual.

—¿Qué?

—Que tiene una letra que pagar al día siguiente. Y que está preocupado.

—Lo creo.

—De donde resulta que todos los corres-



La doncella.—Pero ¿dónde se ha hecho la señorita este enganchón?

La señorita.—En el alfiler de corbata de mi primo.

ponsales de la casa giran siempre... ¡contra mí nada más!

A esto ya no supe qué contestarla.

Félix Recio

EL PERÍODO

TAN tranquila como estaba la cosa pública cuando de pronto ¡zas! el período. Claro que nos referimos al período electoral, que también tiene sus plazos marcados, pero como vivíamos encantados con nuestros actuales represen-

mos que nos referimos á cuando tengan voto las mujeres, campaña que ya dijimos estamos dispuestos á emprender con todo entusiasmo.

Por cierto que tan pronto lanzamos la idea han comenzado á llover sobre esta redacción centenares de cartas. Desde la sota de copas, que es la carta más simpática, porque es sota y porque es bebestible, hasta la imprescindible carta de D. Benito Pérez Galdós, que siempre lleva una baraja en el bolsillo dispuesto á repartirlas en los mítins, como el prehistórico conde de Casa-Valencia reparte caramelos entre las niñas tobilleras que se encuentra á la salida del Senado. Por eso hay siempre algunas que esperan la salida del conde ¡que ya es esperar!

Bueno, pues nuestro primer aldabonazo en pro de la emancipación de la mujer, pues aspiramos al hermoso ideal de que todos sean libres, nos ha dado ánimos para seguir con empuje y decisión.

Las hay que no sólo nos felicitan, sino que piden que en vez de un voto se les de por lo menos un par.

«¿Qué menos—nos dice una de nuestras comunicantas—que al ir á ejercitar nues-



¿Qué es eso que me han contao de su chica, señora Isidra?

—Pues que la pobrecita se fué el miércoles de ceniza á ver el entierro de la sardina y entodavía no ha vuelto.

—Pues no le quepa á usted la menor que se ha perdido.

—No, si cuando se perdió fué el año pasado.

tantes, no nos habíamos cuidado de llevar la cuenta, que es causa de muchos sustos. Mas los hechos llegan fatalmente, y á partir del viernes, día de San Secundino, estaremos en el período, para cumplir los trámites de la ley, que así lo determina de un modo categórico.

Pero estemos tranquilos. Romanones ha prometido que esta vez no mete la pata, ó lo que es lo mismo, que será neutral y no se dedicará á electorero.

Porque lo dice él lo creemos. El conde es hombre de fiar en todo, y singularmente en cuestiones electorales. Lo que salga de las urnas y nada más que lo que salga. Ahora que cualquiera sabe lo que se va á meter.

En la presente ocasión de lo que se trata es de hacer padres de la provincia, y en cuanto se cumplan nuestros deseos haremos madres, que es tarea mucho más agradable; y por si hay algún mal intencionado que tome el rábano por las hojas, le dire-



—¿Por dónde tiro, señorita?

—Lo mismo me da que tires por un lado que por otro.

tro derecho podamos echar dos? ¿No dicen que hay cinco ó seis hombres por cada mujer? Pues para que la voluntad del sexo femenino pueda contrarrestar la influencia del número del masculino, lo lógico es que tengamos opción, no á cinco ó seis, porque podía calificárenos de ansiosas, pero para quedar satisfechas con dos ó tres nos conformaríamos.»

Tengan calma las impacientes que todo



Demetrio

El.—He llegado á su alcoba como un ladrón y si no me da una prueba inmediata de que no le soy indiferente; me mato aquí mismo.

Ella.—¡Dios mío! Bien sabes tú que si accedo, es por evitar un suicidio.

se andará, pues ya comprenderán que esas cosas, salvo excepciones, necesitan reposo, y así tan seguidas no producen el efecto que se desea.

Primero hay que agitar la opinión, que cuanto más se agite más eficaz será el resultado.

Después hay que conseguir el derecho, y una vez en vigor ir á la reforma de la ley electoral, á la cual, á nuestro humilde juicio, sobran muchos trámites é impedimentos.

Según la vigente, durante el período electoral quedan en suspenso los nombramientos y las cesantías, y las resoluciones de la superioridad en los recursos de alzada. Ya ven ustedes si hay que suspender funciones, hasta las alzadas.

Lo dicho, para cuando las mujeres tengan voto hay que acabar con esa antiquallana tan molesta como engorrosa. Se acabó el período.

SUCEDIDOS

SILVIA, la hermosa condesa de los Sotos, es muy aficionada al tiro de pichón.

Aquel día iba estrenando un precioso traje de caza, que le marcaba fuertemente sus lindas curvas.

El pantalón se le ceñía de tal modo, que la redondez de sus caderas daba una perfecta idea de la realidad.

Empezó la sesión y el guarda estaba tras la condesa.

Juan, guarda ya entrado en años, no podía, sin embargo, separar su vista de aquellas redondeces.

La condesa estaba orgullosa de su puntería.

—Verás—dijo al guarda,—cómo acierto al primer pichón que levante el vuelo.

Llegó el instante. Silvia adelanta su torax, marcando aún más sus redondeces posteriores.

Suena el tiro — ¡Bumm! — y al mismo tiempo — ¡Crac! — suena el pantalón de la condesa, que se descose á lo largo más de treinta centímetros.

Silvia, satisfecha, al ver cómo cae el pichón herido de muerte:

—¡Has visto, Juan, qué precisión tengo? Juan, aborto ante lo que se ve por el descosido:

—Señora, no sabía que se llamara de esa manera.

Lea usted el martes en EL LIBRO POPULAR SU MAJESTAD

Novela de
JOSÉ FRANCÉS

20 céntimos

DOMINGUÍN

La trágica muerte de nuestro pobre amigo *Dominguín*, da actualidad á un artículo escrito por él, que nosotros publicamos el 30 de Marzo de 1912, y que enaltece su ingenuidad y su modestia. Es este:

Mi historia amorosa concluyó el día que me casé. Y como me casé á los veintiún años, pues resulta que mi historia amorosa es muy corta.

Y eso que yo comencé á torear y á vivir «por ahí» siendo aún muy muchacho, y esto, naturalmente, me hizo conocer mundo relativamente pronto.

No recuerdo—lo digo con toda sinceridad—no recuerdo ninguna aventura amorosa digna de contarse. La que más me emocionó fué, por inesperada, una que me ocurrió siendo yo un chiquillo barbilampiño, en un pueblo de la provincia de Toledo, donde otro compañero de fatigas y yo toreamos cuatro torazos, grandes y viejos, y matamos uno cada uno el día de la fiesta de aquel lugar.

Cuando ya la «corrida» iba á terminar, un mal bicho de aquellos me agarró y después de voltearme me clavó un pitón en una pierna.

Yo no quería darle importancia, pero los mozos del pueblo me cogieron en brazos y me llevaron á una casa situada dentro de la misma plaza en que habíamos toreado.

Me instalaron muy bien y empezaron á atenderme y darme de comer de un modo que, la verdad, era para alegrarse de lo ocurrido.

Al principio tuve en la habitación en que estaba la *mar* de visitas; pero luego, conforme se fué haciendo tarde, se marcharon y me quedé solo con dos señoras, que, según me dijeron, eran las dueñas de la casa y se habían compadecido de mí y me habían recogido.

A los cuatro ó cinco días la herida había casi cicatrizado, y yo estaba bueno... Pero las señoras, mis protectoras, se empeñaron en que continuara allí, y yo no me sentía con fuerzas para contrariarlas.

Pues, bueno, y vamos al resultado. Una noche, cuando yo más tranquilamente dormía, soñando quién sabe qué locuras, una de las señoras se presentó junto á mi cabecera, y llorando y pidiéndome perdón por lo que ella llamaba «una expansión del corazón», me dijo que estaba enamorada de mí... y que la daba mucho miedo estar sola en su habitación.

¡Cielo santo, qué conquista aquella!... Mi «enamorada» tenía aproximadamente cincuenta años y era fiaca, tuerta, un poco tartamuda y coja.

No me he visto más apurado nunca. La tuve que dar calabazas y, claro, al día siguiente salir de allí.

Ahora, ya casado y padre de familia, ¿qué voy á decir? Me he retirado.

Todas mis ilusiones están en mi «gentecita», y por ellos, claro, en mi profesión. Trabajo con ahinco para ser un buen matador de toros... y nada más.

Andrés del Campo.



¿Por qué sufrir?

Si con el **DEPURATIVO RADICAL** sin mercurio y **COMPLETAMENTE INOFENSIVO**, del doctor Camacho os curaréis en media docena de días de la

SIFILIS, aun la más rebelde, en cualquiera de sus tres períodos, el

**Reuma, Artritisimo,
Intestinos, Escrófulas,
Estómago, Gota**

y en general, todas las enfermedades de la **SANGRE INFECTA** y **VICIADA**.

Si sufrís es porque queréis, pues la curación es **RADICAL** y **GARANTIDA**.

De venta en todas las buenas farmacias y en el depósito general, calle de la **MONTERA**, número 4. á 7 pesetas frasco.

CONSULTAS GRATIS